



DOI: 10.25100/hye.v21i65.15204

Conferencia

**Villa, Zapata y el gobierno de la Convención.  
Su rastro en la memoria  
Villa, Zapata and the Convention  
government. Their legacy in memory**

*Fecha de recepción: 14-07-25 | Fecha de aceptación: 21-08-25.*

**Salvador Rueda Smithers<sup>1</sup>**

Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, Ciudad de México, México.  
Correo electrónico: salvadorrueda@hotmail.com, salvador\_rueda@inah.gob.mx  
Orcid: 0009-0007-5066-1631



---

<sup>1</sup> Investigador Titular C de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia vinculado desde 1975. Desde hace veinte años es director del Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec (2005-2014/ 2014- actual).

**Forma de citar este artículo:** Rueda, Salvador. "Villa, Zapata y el gobierno de la Convención. Su rastro en la memoria" *Historia y Espacio*. Vol. 21 n°65 (2025), e20315204. Doi: 10.25100/hye.v21i65.15204.

Conferencia



Esta obra está publicada bajo la licencia CC Reconocimiento- No Comercial - Compartir Igual 4.0

## Villa, Zapata y el gobierno de la Convención. Su rastro en la memoria<sup>2</sup>

2

1. No sin razón, Stendhal pondría en mente de su personaje Fabrizio del Dongo que los sucesos de una batalla sólo pueden ser reconstruidos por la imaginación de los historiadores o los pintores, pues el combatiente individual, el soldado anónimo, sólo se da cuenta de lo que sucede o intuye que sucede a su alrededor... Balas que sólo son zumbidos, explosiones, gritos, órdenes, trompetas, tambores, jinetes y caballos, movimientos descoordinados... Y sobre esto, el historiador Emmanuel Le Roy Ladurie puso el dedo en la llaga cuando afirmó que “la historia-batalla tiene (.) probabilidades de ser tan pos fabricada como patriótica”. No importa si fue la napoleónica de Stendhal o las modernas. Su peso simbólico descansa, pues, en lo que se dice que pasó, en los recuerdos y sus relatos, pero ante todo por los efectos en la conciencia colectiva y en aquello que hemos entendido como identidad nacional. Contemporáneo de Stendhal, Karl von Clausewitz (1832) afirmaría que la guerra es una práctica política, su continuación por medios bélicos. No pocas veces la coincidencia de la guerra y la política es más un deseo que realidad históricamente lógica: no marchan juntas sino paralelamente. De este importante fenómeno hablaremos hoy, aunque toquemos tan sólo sus márgenes más visibles.

2. “La memoria es un instrumento maravilloso... pero falaz”, escribió alguna vez el italiano Primo Levi. Tenía razón: la memoria reconstruye los recuerdos y arma, con palabras e imágenes y a su manera, las realidades de la vida de todos nosotros. Es decir, es vital e inexacta: fluyen nombres, tiempos sueltos, situaciones, escenas que se ajustan y reajustan. No en balde Borges diría que el pasado propio es “dócil arcilla”. El mismo mecanismo echa andar la relación entre el recuerdo personal o colectivo y la historia. De tal manera funciona que la distancia entre los hechos como sucedieron, como hemos creído que sucedieron y como hubiésemos querido que sucedieran recargan el mobiliario del mundo que es nuestro hábitat cotidiano. Esto es, la reconstrucción imaginaria de la realidad lo mismo se nutre de testimonios que de opiniones sueltas, de informes precisos que de rumores y al paso del tiempo, de leyendas con un peso simbólico indudable.

---

<sup>2</sup> Este manuscrito es el resultado de la conferencia realizada en noviembre del 2024, en la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia de la ciudad de México.

Sirva la efeméride de la muerte de Pancho Villa en julio de 1923 para repasar momentos del mediodía revolucionario, y de los juegos de la memoria. No les pido que para comenzar nos vayamos cien años hacia atrás, a la emboscada en Parral, sino tan sólo al transcurso de una vida, a sus efectos en la conciencia. Para ello debemos ubicarnos al momento en que la figura de Villa y sus revolucionarios fue reivindicada por la literatura y después el cine nacional, en esa suerte de “deriva de los héroes”, como con justeza le llamó al traslado del relato oral al literario el mitólogo español Carlos García Gual. Pero hay que adelantar fechas; la distancia juega su papel en los fragmentos de recuerdos que son los ladrillos de la memoria. Situémonos primero entre 1931 y 1935. ¿Cómo se recordaba entonces a Villa, a Obregón, a Zapata, a Carranza y al gobierno de la Convención revolucionaria? ¿Qué peso tuvieron las batallas de Celaya, León y Silao? ¿Cómo se veían, a la distancia de pocos años, los acontecimientos que trazaron el destino moderno de México? ¿Cómo se atestiguaron? Permítanme leerles este ejercicio de poner orden a las ideas.

3. Es común pensar que en 1939, durante el llamado *termidor* de la revolución, el programa oficial de reforma agraria habría surgido del Plan de Ayala en 1911, y adoptado y extendido a todo el país como política de estado a partir de su proyección entre 1914 y 1915 durante el gobierno convencionista. Es decir, nos hemos inclinado a creer que los ejidos y las restituciones que habían movido a los campesinos zapatistas del Sur contra Madero y después contra Huerta y Carranza, se habrían desdoblado tres décadas después en el ejercicio de justicia agraria del gobierno del general Lázaro Cárdenas, veterano constitucionalista.

Quizás, sin embargo, la realidad haya sido menos paradójica de lo que parece. El perfil del México de la posrevolución comenzó a definirse precisamente en 1915 y no en 1911 -esto es, con la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 y no con la firma del Plan de Ayala, pero también con la Ley Agraria convencionista del 26 de octubre de 1915, ya letra de práctica política inútil con la reciente derrota militar del Gobierno de la Convención-. No habría reflujo: la disolución de la División del Norte en diciembre de ese año precedió a la inevitable dispersión convencionista. Estos sucesos resultaron, a la postre, el cimiento de las políticas reformistas posteriores a 1917 y al dibujo de la identidad revolucionaria formulada las dos décadas siguientes.

Así pues, la génesis pragmática y legal de los gobiernos de Obregón, Calles y Cárdenas no estaba propiamente en el plan zapatista –aunque en el discurso apareciera junto con el nombre de Zapata en todos los rincones del país, elevado

a estatura épica dese abril de 1922-- sino en el intenso debate que involucró a los mejores intelectos revolucionarios entre agosto de 1914 y enero de 1916, y luego en la labor legislativa que desde diciembre de 1914 y a lo largo de 1915 cubrió las agendas de políticos, militares e ideólogos. Irónicamente, pero también lógicamente, por razones de construcción ideológica, a Pancho Villa se le comenzaría a revalorar a partir de 1931, con la publicación de **Cartucho: relatos de la lucha en el norte de México**, de Nelly Campobello, y de **Vámonos con Pancho Villa**, de Rafael F. Muñoz.

Sabemos todos que la génesis de la práctica de una Revolución que el discurso oficialista pensó unívoca tuvo una realidad partida, fragmentada: las leyes y propuestas salían de campos políticos confrontados desde el inicio de la costosa guerra civil. El destino histórico los juntaría y separaría varias veces; destruyó y también encumbró. Además de las obras gráficas y pictóricas en murales y portadas de revistas de los artistas plásticos –desde José Clemente Orozco a Diego Rivera, de Fernando Leal a Alfredo Ramos Martínez, o los grabadores del Taller de la Gráfica Popular–, la literatura jugó su papel en la “deriva de los héroes”: por ejemplo, Martín Luis Guzmán publicaría **Memorias de Pancho Villa** en 1938; el filme de Fernando de Fuentes de la novela de Rafael F. Muñoz sería de 1936, con guión de Mauricio Magdaleno. Dos años antes, en 1934, se produjo el largometraje **El compadre Mendoza**, también de De Fuentes y guión de Magdaleno, pero mirando hacia el sur zapatista. En 1939 Alfonso Reyes escribiría la que en mi opinión ha sido una de las más exactas definiciones de la Revolución Mexicana. Textualmente dijo:

*“Porque es cierto que la Revolución Mexicana brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedan ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba; y conforme andaba, iba descubriendo sus razones cada vez más profundas y extensas y definiendo sus metas cada vez más precisas (...) imperaba en ella la circunstancia y no se columbraban los fines últimos (...) Nació casi ciega como los niños y, como los niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan solo la padece, mientras llega el día que la ilumine”.*

4. En la misma década de la Revolución se intentó el ensayo de la inteligencia. Tal vez uno de los primeros momentos en los que las ideas se emparejaron a los hechos fue el de agosto de 1914, cuando el triunfo militar de los revolucionarios

sobre el extremoso ensayo huertista de una república segregada los obligó a confrontarse y defender razones.

La inteligencia despegó entonces un poco los párpados. Por un momento. Y lo que pareció ingenuo principio moral y aun deseos utópicos, o puro y ambicioso pragmatismo político, en realidad fue la semilla de un “querer ser” republicano. Reflejó el verdadero ser profundo, íntimo de los mexicanos, como propondría Jorge Aguilar Mora.

Y es que la luz de la inteligencia volvería a iluminar en 1935 lo que se imaginó en 1915. La memoria de lo vivido se desdoblaría en experiencia política acumulada. Y les parecerá extraño, pero en mi opinión —y la de creo que todos los historiadores del régimen cardenista— el éxito de este amarre que delineó las rutas del siglo XX descansó en un punto virtuoso inexistente entre 1911 y 1934: *saber escuchar*. Esto es, saberlos escuchar a todos. Y quizá entendamos la palabra *inteligencia* del cardenismo en un sentido mucho más amplio, en un paisaje que recorre el significado tanto bíblico como antropológico, del rey Salomón al erudito Roger Bartra.

5. La memoria de 1915 devuelta en los 30 lleva también y sobre todo al horizonte de la guerra, movida posiblemente por su carga de relato dramático y por estar la metralla y la muerte más cerca de la gente común que los debates entre los pensadores e ideólogos. Nos guste ahora o no, la guerra definió —no como motor, pero sí como balanza inevitable— el desenlace de esta historia.

Dejemos hablar a la memoria que echó a volar la imaginación. Vayamos primero a Celaya, abril de 1915. La largamente pospuesta batalla entre las fuerzas de la División del Norte y del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Los generales, oficiales y tropa de Francisco Villa y los de Álvaro Obregón se enfrentaban para decidir el asiento del ejecutivo de la República. La revolución ya había trazado su rumbo; no así las formas que asumirían las políticas de estado del gobierno republicano.

Unas horas de combates distribuidas en días gastados en posicionamientos, repliegues, tanteos al enemigo, reacomodos de soldados y armas, trenes y caballada. Horas de ansiedad y fragor. Con todo, muchas menos horas que las invertidas en debatir sobre las razones de la Revolución o para redactar las leyes que darían el perfil moderno a México —tanto las del convencionismo en carrera contra las carrancistas de Veracruz, o como los cien días que se necesitaron para discutir, elaborar y promulgar la Constitución entre septiembre de 1916 en que se convocó a elecciones y el 5 de febrero de 1917 en que se volvió el documento jurídico fundamental de México.

Sin embargo, con su carga épica, en el recuerdo colectivo la breve pero impactante huella del evento militar del Bajío como hecho histórico trascendente ensombreció al ensayo convencionista y sus escauceos hacia la modernidad. También, por supuesto, fortaleció la producción legalista del constitucionalismo en Veracruz. Lo importante de la guerra, escribió el historiador francés Emmanuel Le Roy Ladurie, es la posguerra. Pero tal vez pocos lo reconocen: pareciera que la importancia de la guerra está en sus acciones dramáticas a las que el recuerdo y el relato reiterado desdoblan en narraciones épicas.

Toquemos sólo alguna, por haber sido lectura casi obligada. En 1958, Carlos Fuentes ofreció este contundente pasaje de la batalla de Celaya, verosímil remedo de una memoria personal. Es un instante, apenas un pasaje de **La región más transparente**, que dibujaba a un personaje – llamado Federico Robles – cuyos perfiles obsesionaron a Fuentes en distintos relatos: el del revolucionario valeroso pero oportunista, el hombre sin conciencia y sin escrúpulos que aprovecharía lo que la contingencia política le ofreció, precisamente después de la derrota convencionista como primer paso al ascenso de la estrella de Álvaro Obregón –y de la primera estampa de México del siglo de la Revolución–.

La paráfrasis del destino histórico en juego en una sola acción es resuelta por Fuentes a la manera de la famosa frase de Julio César al cruzar el Rubicón: entonces, al igual que la suerte, el destino de la memoria estaba echada. Mientras las soldaderas se movían en la rutina de las vanguardias:

“(...) un río de infantes subía al tren, envuelto en el ritmo de clarines y engranajes y vapor desde su puesto a caballo, Federico divisaba las figuras de los generales Benjamín Hill y Obregón, comandando el movimiento de tropas ellos esperarían aquí, frente a Celaya, a que los villistas fueran atraídos por la estrategia de Obregón, una vez salvado el sitio del Guaje y entre el sol y el llano hormigueaban, de pie y a caballo, los hombres de caras cobrizas y bigotes lacios, los grandes sombreros zambutidos hasta las cejas o ladeados y con un ala levantada, los kepis de los oficiales, los pañuelos amarrados a la nuca, los botines embarrados de lodo amarillo ojos vidriosos bajo el fulgor, dientes centelleantes, miradas ladinas, máscaras de oro ennegrecido, y los yaquis construyendo las loberas y sembrando los trigales de alambre de púa toda la llanura, vasta, caldeada, se erizaba de actividad mientras ellos, alineados, inmóviles bajo el sol, esperaban, fumando cigarrillos deshebrados, recibiendo las ollas de tamarindo y arroz de las soldaderas, que, arrinconadas bajo un toldo de lona, agitaban la lumbre en los braseros y desbarataban chiles y mezclaban las aguas en tinajas de barro ocre el día entero sobre la montura, listo a

obedecer las órdenes, Federico soplab el humo sobre la crin del caballo y seguía la trayectoria de las nubes que viajaban, cargadas de sus días, como manteles esponjados rumbo a la montaña ni pensaba ni preveía: todos los instintos de coordinación muscular parecían unirse en un punto tenso, listo a dispararse sobre las tropas del general Francisco Villa con estruendo mudo, los trigales fueron inundados a las tres de la tarde, el tren regresó

“- ¡Villa se echó sobre el tren cuando oyó los pitazos!

7

“- ¡Maycotte se salió por el flanco derecho!

“- ¡El ejército se reconcentra en Celaya!

“Obregón se arrojó de la locomotora, el ceño férrero, el bigote crispado, a ordenar, atestiguar, inspeccionar las loberas y los trigales inundados y la caballería alineada y la siembra de púas los yaquis, sus pañoletas rojas bailando en el viento, invadieron las loberas, armados de fusil y bayoneta —allí, enterrados en el lodo, parecían encontrar sus nichos Hill ordenó a las infanterías el dispositivo de combate el sol hinchado del crepúsculo subrayó todo el movimiento, recortó las figuras de hombres y cañones y caballos la infantería villista ya había ocupado los bordes al frente de las fuerzas de Obregón y con un aullido descendieron sobre ellas el galope de la primera carga villistas incendiaba de tensión y relinchos la llanura sincronizados con el resoplo de los animales y el canto raspante de las espuelas, los fusiles yaquis tronaron desplomando jinetes y enseguida se levantaron verticales las bayonetas, ensartadas hasta el fondo de las barrigas de los caballos desde el húmedo santuario de las loberas una lluvia de sangre y de intestinos bañaba las cabezas de la tropa india, mientras que los jinetes villistas caían de las monturas sobre más índices de fierro, brotando de todas las loberas diseminadas por el campo los hombres de Villa, al avanzar por la laguna de trigo, sintieron súbitamente piernas atrapadas, testículos rasgados por el alambre; la metralla rebotaba en el agua y las bocas se llenaban de burbujas de sangre: los hombres aprisionados levantaban una muralla de carne y gemidos, engarzada al araño de las púas veintisiete cargas de caballería villista se sucedieron entre el atardecer y el nuevo día en el alto sol, la carroña de los caballos infestaba el llano; el pequeño corneta Jesús Martínez, que tocaba la diana en medio del fragor, replegaba a la fuerzas obregonistas el nuevo avance, incontenible, de Villa, se encontró con la nueva concentración, encabezada por las fuerzas de caballería Federico Robles galopó, blandiendo el machete, disparando la pistola, entre la infantería del enemigo: las bridas volaban solas, azotando los ojos del caballo; los rostros petrificados por un segundo de asombro, los cuerpos regados de sangre, las manos levantadas que arrojaban las

armas, se sucedían con la fugacidad de parpadeos; el kepí de Federico voló, y en sus cabellos azotados, en la mañana sin viento, por la velocidad y el tumulto, sintió nacer la ambición y la gloria: el machete se irguió con la rapidez del deseo y cayó sobre las nuca y los cráneos, batidos, pegajosos de sudor y sangre, de los hombres de la División del Norte; el pecho inundado de calor, la verga erecta, las piernas tensas sobre el lomo del caballo, los dientes hundidos en la rienda, Robles blandía, disparaba, ajeno a los cañonazos villistas, a los gemidos últimos en que la voz permanecía una vez muerto el cuerpo y cantaba una despedida por nadie escuchada ni sentida vacíos, los odres de la infantería villista crujían bajo las herraduras del caballo de Robles frente a él, sólo espaldas en fuga caracoleando, regresó al campamento que pulsaba en clarinadas y el nuevo olor de los braseros que comenzaban a levantarse, señal definitiva de la victoria, del regreso de los vivos por última vez, trató de abarcar la visión del campo de Celaya sus trigales teñidos, que dejaban escapar un himno al susurro del viento vespertino; el humo despedido por los caballos desollados; el entrelazamiento de brazos y piernas, las caricias inequívocas de los cadáveres, las manos crispadas que emergían de la laguna alambrada, los ojos en blanco acribillados por el sol y las bocas que cantaban adiós para siempre la figura de Álvaro Obregón se erguía, entre la tropa fresca que avanzaba hacia la plaza, sobre el llano fecundado el trote ligero, Federico regresó bajó la vista y miró sus manos las líneas acentuadas de sangre y tierra negra así, siempre, por favor corre viento sobre mi cabeza, azótame, así, siempre sucias”...

6. Las batallas del Bajío confrontaron a hombres rústicos y valientes. Tenía contexto y circunstancias que explicarían por qué sería definitiva y memorable. Veamos ambas, y las maneras como fueron recordadas e interpretadas un par de décadas después de que pasaran. La alianza entre villistas y zapatistas a finales de 1914 fue la deseada promesa de una sociedad menos partida en ricos y pobres. Sin embargo, de hecho, fue más un pacto de voluntades coincidentes que la unificación de fuerzas beligerantes contra un enemigo común en el corazón de la guerra. Y es que, repito, estaban quebrados: como sugirió Octavio Paz, norte y sur se reconocieron, pero no se entendieron.

Desde enero de 1915 el Gobierno de la Soberana Convención mostró sus debilidades políticas. Una de ellas, la imposibilidad del acuerdo real para gobernar en coalición; el caudillismo, ese fenómeno que es fuerza pura y limitación social, estaría detrás de los obstáculos a la existencia de un gobierno revolucionario, en el sentido moderno del término. Cinco meses después de la apoteósica toma de la ciudad de México en diciembre de 1914, Villa y Zapata enfrentaban la derrota política detrás de la derrota militar. El Gobierno

convencionista se replegó a la zona zapatista y fue tan sólo la reunión formal de cofrades –ya sin la potencialidad de ser el gobierno de la república-.

Entre los problemas que llevaron al fracaso de los convencionistas pueden citarse las siguientes:

- La poca o nula coordinación militar entre villistas y zapatistas, lo que permitió a los carrancistas ocupar la geografía nacional como espacio de gobierno constitucionalista.

- El desacuerdo entre los delegados villistas y zapatistas sobre problemas políticos que debían enfrentar para la construcción de un México reformado.

- El encono derivado de los debates inútiles, la crisis política permanente y la desbandada de aliados civiles amenazados por los pequeños caudillos y señores de la guerra, imposibilitó el ejercicio de los programas revolucionarios que, en el papel, eran la realización reformista más importante de la historia mexicana. La “fiesta de las balas” no fue pura retórica literaria.

- La crisis económica derivada de la irregular y desmesurada circulación de papel moneda emitido tanto por el gobierno convencionista como por las autoridades estatales, sin respaldo bancario en metálico ni con proyecto de ingresos y egresos, lo que hacía que la moneda no valiera. La escasez de alimentos en la capital de la República, causada por la especulación de comerciantes y acaparadores, el control carrancista de las rutas ferroviarias en las zonas agrícolas menos afectadas por la guerra –o las de la importación de grano de los Estados Unidos-, entre un ambiente de desánimo, todo ello, junto, creó un ambiente de crispación que prefiguró el rostro impotente de los vencidos.

- Finalmente, la incapacidad convencionista para atraer a su ideal de revolución a sectores medios urbanos, a obreros de las zonas fabriles y mineras, para quienes el discurso puramente agrario poco o nada debía decirles para la resolución de sus propios problemas –a pesar de que las leyes y decretos convencionistas de estos meses, sin difusión y sin posibilidades de aplicación, se dirigían a la reforma de ideales propios de las clases medias.

7. Con todo, detrás del no muy poderoso cobijo militar zapatista y el revés villista, el Consejo Ejecutivo de la República de los convencionistas –sustituto colegiado del Presidente y poder opuesto al centralizado del Encargado del Ejecutivo federal del Primer Jefe Venustiano Carranza— dictaría las leyes más importantes en torno a las reformas sociales de la Revolución. Hagamos un breve listado de las ofertas legales con las que buscaban construir al país del futuro:

- Ley sobre formación del Ministerio del Trabajo y Justicia (25-oct-1915)
- Ley sobre Accidentes del Trabajo (27-oct-1915)
- Ley General sobre Funcionarios y Empleados Públicos (2-nov-1915)
- Ley sobre supresión del Ejército permanente (3-nov-1915)
- Proyecto de Ley General del Trabajo (7-nov-1915)
- Ley General sobre la Administración de la Justicia 1º.-dic-1915)
- Proyecto de Ley sobre el Matrimonio (11-dic-1915)
- Proyecto de Ley sobre la Supresión absoluta de los Impuestos Indirectos que gravan productos de primera necesidad (17-dic-1915)
- Decreto de Emisión de papel Moneda (27-dic-1915)
- Ley de Imprenta (8-ene-1916)
- Ley de Colonización (19-ene-1916).

Todas estas importantes leyes coincidían ya con la diáspora villista y el comienzo del asedio al zapatismo encerrado en Morelos. El 19 de diciembre de 1915, en el centro de la ciudad de Chihuahua, Pancho Villa disolvía la División del Norte. En mayo de 1916, después de la dura trashumancia en Toluca, Cuernavaca y Jojutla, desapareció el gobierno convencionista. Las batallas del Bajío fueron decisivas, aunque la agonía del villismo se alargó varios meses más...

Veinte años después, a lo largo de los 1930, José C. Valadés buscó a los protagonistas y testigos de esos duros momentos del convencionismo que se diluía. Con Roque González Garza inicia el recuento de la memoria del convencionismo revolucionario. Valadés apeló al recuerdo personal y al archivo documental. Comenzó con el dibujo generacional: González Garza ocupó la presidencia del país en enero de 1915, cuando tenía treinta años; los caudillos de primera fila, a excepción de Venustiano Carranza, no eran mucho más grandes: Villa, Zapata y Obregón rondaban los treinta y cinco; Felipe Ángeles sería diez años mayor, mientras que los generales Rafael Buelna y José Isabel Robles tenían 23 años, y el doctor zapatista Gustavo Baz llegó a ser gobernador del Estado de México en ese entonces antes de tener veinte años. Ahora se estaba en 1932: aquellos jóvenes trazaban el porvenir de México.

Apelo a la memoria, maravillosa y falaz, como dije al principio, y a las más seguras fuentes escritas: Valadés recopiló al modo de lo que después se llamaría “historia oral”, entretejiendo los desórdenes sin calendario exacto del recuerdo con el inapelable uso de correspondencias oficiales y telegramas siempre fechados y archivados: toda la historia, advierte, “ha sido narrada a los Periódicos Lozano por el general Roque González Garza, ex Presidente

de la República”. Del relato se desprenden los inicios del gran conflicto por la Nación entre 1914 y 1915: no la pugna personalista de los caudillos, ni siquiera la terquedad en sostener ideas y planes, sino los mecanismos mismos del funcionamiento republicano estaban en la base de la diferencia entre los constitucionalistas –y Carranza como Jefe Máximo con poder indiscutido, desconociendo las decisiones de los poderes legislativo y judicial como si fueran parte del golpe huertista—, con los convencionistas y el que fuera diputado maderista González Garza a la cabeza del legalismo y sus caudillos nuevos, los inconformes jefes populares Villa y Zapata. Al calor del relato de su traslado de maderista a villista, González Garza dibuja a un Carranza más radical que el más acartonado que entonces ofrecía la historia oficial carrancista: “sepa usted –dijo el Primer Jefe al futuro presidente convencionista y representante de Villa- que esta revolución tendrá que reducir a escombros toda la República, y remover todos los bajos fondos de la sociedad, para que cuando todo esté en ruinas, nosotros podamos gobernar”. Pragmatismo político, crudo, casi filosóficamente estoico: sin miedo y sin esperanzas. Celoso de su autoridad, Carranza no permitió que la revolución que dirigía se ramificara y lo rebasara.

11

El siguiente paso fue la separación de Felipe Ángeles de la subsecretaría de Guerra del constitucionalismo; su maderismo lo hacía sospechoso de querer una revolución que, según su experiencia de viejo político porfiriano y reyista, sólo existía en las mentes de los intelectuales.

No descuidó Valadés el uso de la geografía en su narración; pero la entrelazó, como paisajista, en el relato de la historia. Un ejemplo entre muchos: la separación imaginada –más que sabida- entre el norte y el sur. Villa exclamó luego de la separación de Ángeles de su papel cercano a Carranza: “Ya empezó aquí la política; así que ya estamos de sobra, y nos vamos para el sur; ¡vamos al sur!”. Pero la guerra ya había cobrado su cuota al Primer Jefe: los veintidós generales que defendieron San Pedro de la Colonias –cuna del maderismo- fueron incapaces de detener la oleada de Villa y sus 16 generales, todos a excepción de Ángeles, hechos al calor de las batallas revolucionarias. Avance a Torreón; la catástrofe federal de Zacatecas; una semana más tarde, las difíciles conferencias entre los delegados de las divisiones del norte y del noreste para lograr la paz; la carrera hacia la ciudad de México entre Villa, Obregón y Pablo González.

En su narración, Valadés no eludió los elementos circunstanciales y las anécdotas, más para ayudar al lector a ubicar su imaginación en un mundo verosímil que para alejar del juicio justo. Contextos y circunstancias respaldan la

proporción humana de sus bocetos. Destaca, por ejemplo, aquella en la que Villa estuvo a punto de fusilar a Obregón, y la intervención oportuna, convincente y firme de González Garza a la par de la serenidad –o mejor, control de sí mismo— del sonorenses. La “fiera duranguense”, recordó González Garza en la pluma de Valadés, se apaciguó contra su antiguo enemigo: “El hombre había vuelto a ser hombre...”.

12

O aquella en la que Obregón dio pruebas de su inverosímil memoria. El talento que atrapaba a los lectores no dejaba de ser preciso en su apreciación: ideas que hacen de la biografía un género entre la historia y el arte –como definió el biógrafo británico Robert Gittings-. Así, en un par de renglones Valadés concluyó un rasgo psicológico: “Había aparecido un nuevo Obregón, nervioso, desconfiado. Es que empezaba a amar nuevamente la libertad, la vida: las dos nociones más grandes que posee el hombre, y que había perdido al sentirse en poder del enemigo”. El lector –de hace tres cuartos de siglo y el de hoy-, conjugaría en primera persona esta certera pincelada. Pero también juzgaría en tercera persona: “Mientras que la Convención se había olvidado de la guerra, Carranza se preparaba para ella...”, explicó González Garza.

La historia de la Convención no fue tan sólo la de la riña política entre dos facciones rijosas. De hecho, Valadés nutrió de información sobre alguna de las ramas inútiles de la revolución: tal fue, por ejemplo, la encabezada por Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles, rápidamente derrotados en campo de batalla, o las de los revolucionarios y contrarrevolucionarios exiliados en el norte, aquejados de megalomanía y suponiendo tener fuerzas superiores a las que en realidad tenían –o de las que carecían del todo-. Tampoco su juicio fue tolerante con la irreal fuerza militar zapatista: a pesar de las presunciones del general secretario y ministro Manuel Palafox, los campesinos de Zapata no sentían que la guerra en gran escala fuera asunto de ellos: no enfrentaron con éxito ni una sola vez a los diez mil hombres de Obregón. Aun después de la entrevista entre el presidente González Garza y Zapata, la inactividad bélica arrebató al centro del país de la sombra de los convencionistas: Escribió que “... González Garza recordó que ni así el caudillo suriano se resolvió a emprender la ofensiva, ignorándose siempre la causa de indolencia tan perjudicial para los ejércitos convencionistas”. Ocho años después, en su ensayo sobre Gildardo Magaña y el zapatismo publicado en 1940, Valadés brindaría una justa explicación de la negación –que no negativa— de los zapatistas a hacer una guerra formal y frontal a los enemigos que lo combatieron. La guerra de guerrillas sería el efecto, no la causa: los zapatistas, desde sus generales hasta

sus soldados más humildes, jamás dejaron de ser civiles en armas, no guerreros. No así los hombres de Villa: más hechos a la movilidad y al ambiente bélico, las guerrillas villistas se organizaron para la ofensiva y atacaron plazas defendidas por los carrancistas, no para la defensa de pueblos y campamentos.

8. El recuerdo fue algunas veces consentidor; otras, implacable. Al hablar del desastre villista, publicado en pleno renacimiento de la fama del revolucionario norteno —obra de la literatura, la leyenda y el cine— glorificó la tragedia: Pancho Villa sería un héroe eclipsado desde 1916 hasta su muerte en 1923, y luego un largo crepúsculo hasta mediados de los años 60, durante el sexenio de Gustavo Díaz Ordáz, cuando su nombre se inscribió en letras de oro en el Congreso mexicano, como con puntualidad explicó su mejos biógrafo, Freidrich Katz. Pero la memoria dibujó el paisaje del Bajío con los colores del relato de Waterloo: los diez mil hombres y setenta cañones de Villa no fueron suficientes ante la superior fuerza de la historia: fue esta invisible energía la que determinó, ahí y entonces, el camino de la revolución. En las batallas del Silao, Irapuato y León actuó y señaló el destino —explicó al historiador Valadés el memorioso González Garza. La conclusión sería eficaz si el escritor encontraba las claves que redondearan la idea de destino: la desbandada de convencionistas fue similar a una diáspora; una fecha emblemática cerraba el capítulo de la épica armada: “Los comisionados para marchar a la capital norteamericana, a excepción de José María Maytorena, quien ya se encontraba en territorio de los Estados Unidos, cruzaron la frontera el 16 de septiembre de 1915. (...) La guerra civil había terminado”.

En la memoria también el juicio de la historia descendió a la frágil voluntad de los hombres, y a sus errores. El ejemplo lo ofrece Valadés con la detestable conducta de Obregón... relatada en 1932, apenas cuatro años después de que se reeligió y fue asesinado: esa sombra del caudillo era la de un revolucionario que se detractó, pero su nombre sería inscrito en letras de oro en el Muro de Honor de la Cámara de Diputados en octubre de 1928... Con todo, su perfil sería el contrario al de los héroes trágicos Madero, Villa y Zapata. Escribió: “En el campo de batalla habían quedado más de dos mil quinientos muertos, que aumentaron cuando el general Obregón ordenó el fusilamiento en masa de dos mil villistas que había hecho prisioneros”. ¿Cómo se leyó esta conducta de guerra en 1932? Valadés explicaría, a lo largo de varios años, que la desconfianza era la actitud de muchos revolucionarios ante Obregón. Y tal vez esta ruda decisión del general sonorense, recordada un par de décadas más tarde y cuando el destino personal de Obregón se había sellado, evitó que este

militar revolucionario, tan audaz e inteligente como reformador, fuera visto como un titán pragmático a los ojos de la segunda generación de mexicanos que vivieron la conmoción revolucionaria y la reconstrucción de la madurez del llamado *termidor*. Por eso, quizá, Obregón no alcanzó la talla del héroe de sus oponentes Villa y Zapata.

14

Y al miedo a la fuerza militar carrancista siguió la mentira, tan dañina a la Convención como el desacuerdo: no existía la línea de defensa de la capital, y la población civil sufriría los estragos de las incursiones armadas en el sitio de cuarenta días. Así, aunque los convencionistas contaban formalmente —nominalmente— con el apoyo de 21 gobernadores, la geografía controlada militarmente por los carrancistas se desdoblaba con rapidez hacia el real carácter nacional... y después a Celaya, Silao, León y el desastre.

9. El siguiente personaje memorioso recuperado por Valadés fue el veterano villista y miembro del estado mayor de González Garza, Juan M. Durán. Para la memoria, la vida revolucionaria de Durán se condensa en el terrible mes en el que los militares convencionistas iniciaron el éxodo al norte y la dispersión que le siguió. Valadés, hoy lo podemos saber, sería precursor de la historia oral como fuente de particular naturaleza para el ejercicio de la historia. El propósito de esta serie de relatos secuenciados era emocionar al lector de finales de 1932 y el amanecer del 33 con el relato de un peregrinaje doloroso después de la derrota entre las tropas del enérgico y no pocas veces abusivo general Rodolfo Fierro. Comenzaba la aventura en junio de 1915. La guerra era el *deus ex machina*, pesado motor de la historia, dirigía los destinos. El relato suma pasajes de muertes valientes dibujadas para impresionar, de hambrunas, de desesperación... al modo de las pinturas realistas de las novelas de Hugo, Zola o Tolstoi, pero también de los crudos informes que un siglo antes llenó los partes militares de los ejércitos mexicanos de Mariano Arista durante la guerra de Texas, o los de la República en el año funesto de 1865, o los que dan cuerpo a los ocho mil kilómetros en campaña de Obregón. Es la retirada de los “soldados del pueblo”, como los calificó alguna vez Felipe Ángeles. Los catrines se quedaron a esperar a los constitucionalistas que, decían, querían vengarse de los habitantes de la capital del país desde la caída de Huerta.

Los convencionistas huían. Eran ejércitos elementales, primitivos, que parecían más una migración que un mecanismo de lucha: los soldados cargaban con mujeres, hijos y las pocas pertenencias que no sirvieran de lastre —estos no combatientes eran llamados sin eufemismos “impedimenta”. Parecía de pesadilla el trazo de una geografía humana desamparada, como esos caseríos

poblados nada más por mujeres, el horizonte hecho de paisajes reiterados, enormes y hostiles. El recuerdo no es el de una revolución sino del apocalipsis: “El soldado se moría de hambre y de fatiga”.

Durán opinó sobre el descubijo militar zapatista a los convencionistas de la ciudad de México. No fue por falta de armamento, como algunos historiadores modernos hemos argumentado, sino por incompetencia beligerante de civiles que no querían dejar de serlo. Los hombres del general Amador Salazar –primo de Emiliano Zapata– no sabían pelear; no mostraron signos de cobardía, pero sus movimientos eran lo más alejado de la economía de esfuerzos que los manuales militares y las artes de la guerra indicaban como propósito obligado del comandante. Sin miedo, antes con pasmosa calma, Salazar caminó lento en lodazales inútiles: los zapatistas “parecían fantasmas”, recordó para el historiador Valadés el ya entonces periodista Durán veinte años después del suceso. Exactamente lo opuesto a la bien administrada División del Norte por el mismo Villa, o a las ya asentadas y económicamente respaldadas huestes de Carranza

10. El éxodo no llevó consigo los sueños políticos de un ensayo de gobierno. Los disolvió. El trabajo de historia oral que practicó Valadés no se detuvo en la descripción de lo inmediato. No hubiera sido narrativamente eficaz. Entonces recurrió a los elementos circunstanciales que amueblaron el mundo que rodeaba a los fugitivos villistas. El relato da atención lo mismo a los efectos de la persecución y los sonidos de los cañones, que, al miedo a ser emboscados, a los esfuerzos inútiles del famoso médico Cerisola, a los olores de las plantas cerriles que significaban cambios climáticos en el interminable Bajío y el presagio esperanzador de que se acercaban al norte seco, a su hábitat propio.

También mostró la cara más dura de la revolución: la del apotegma de Catón de que la guerra da a la guerra. Los pertrechos de boca eran arrancados a los pobladores de la geografía devastada. El año del hambre asoló al centro de México porque el terrible dios de la guerra acabó con la cadena de la economía aun en los mercados más someros, los de los confines rancheros y campesinos. Combates y depredación, sed y hambre, miedo y lealtades en duda. Los que ocho meses antes se pasearon por los corredores del Palacio Nacional, ahora deambulaban por los rumbos de Teocaltiche en Jalisco (antiguo enclave de la guerra chichimeca) sintiendo como triunfo el llevar un costal de maíz al hombro. La gloria militar se resolvió en una quimera atroz. Valadés dejó clara la imagen de esta épica al modo antiguo –esto es, sin la ensoñación del romanticismo: nadie nace para la guerra, pero todos la nutrimos.

El límite entre Guanajuato y Jalisco fue el último escenario del convencionismo para los norteros. Se extinguieron en agosto de 1915, con sólo desaparecer. Sin proponérselo, el informante Durán le proporcionó a la pluma de Valadés las piezas que dibujaron los jirones del villismo de Villa, espejo de lo que criticó un mes antes de los zapatistas: eran soldados que parecían fantasmas. La vigorosa pluma de Valadés puso punto final al relato de esta derrota con rapidez y, me parece, un cierto sabor a triunfo por el complejo hecho de haber sobrevivido.

11. En 1931 Valadés relató un suceso que circulaba de boca en boca como casi todo lo que entonces se decía popularmente de Pancho Villa: entre la leyenda y la verdad. Alfonso Gómez Morentin, amigo cercano del caudillo, relató en cinco entregas las circunstancias que llevaron a los momentos determinantes del convencionismo en guerra durante las batallas del Bajío y sus efectos posteriores inmediatos. Pero desde un margen del gran río de la historia: el de los oficios de cabildeo con los aliados mexicanos exiliados en el extranjero. También saber la relación y el destino de muchos de los cercanos al jefe, como el general Felipe Ángeles. La derrota de los grandes movimientos casi napoleónicos de la División del Norte en 1915 llevó a Villa a un cambio de estrategia. La inteligencia guerrera se aguzó: no las tácticas de las enormes batallas que comprometían contingentes que cifraban millares de soldados, sino la que entonces se llamaría “guerra sintética”. Villa se propuso ir a México para capturar personalmente a Venustiano Carranza. Planeó todos los movimientos de distracción, entre los que Gómez Morentín jugaba un papel fundamental... Más allá de sus pocas probabilidades de éxito, la voluntad de llevarlo adelante es uno de los rasgos de la audacia de Villa que siempre se le ha reconocido. Actitud digna de un héroe mítico, el testimonio no tuvo sin embargo nada de legendario: cada uno de los asertos de Gómez Morentín publicados por Valadés en 1931 fueron corroborados años después en la edición de las *Memorias* del doctor José María Jaurrieta que preparó la historiadora Guadalupe Villa. Delicioso y, como todo recuerdo espontáneo, un tanto desordenado al desdoblarse en relato, descubre frases, maneras de hacer la guerra y los secretos de la supervivencia de Villa y sus cercanos entre 1915 y 1920 en las serranías de Durango, Chihuahua, Zacatecas, y su dependencia de los centros mineros para las ofensivas guerrilleras y el escondite que podría durar meses -como la inverosímil cueva del final de la novela **Vámonos con Pancho Villa**. Paralelamente, dibuja la diáspora, que llevaba la tristeza de la derrota. Valadés

termina el ensayo con un sesgo admirable: aún en el momento de la rendición, Villa analiza correctamente a sus enemigos y nunca rebaja su dignidad.

Pero la suerte estaba echada ya. Villa fue derrotado política y militarmente. Se amnistió un año después de la muerte de Zapata y semanas más tarde de la de Carranza. Y sólo ésta última desgracia suya se haría leyenda. Juego de la memoria: tal vez, como escribió Leonardo Sciascia, es que “los tiempos felices de la humanidad son las páginas vacías de la historia”.

17

## Epílogo

El hijo de un agente zapatista se acercaría en su definición de la Revolución a la de Alfonso Reyes de 1939 que hace un rato les leí. Se trata de Octavio Paz, quien escribió que a *“diferencia de las otras revoluciones del siglo XX, la de México no fue tanto la expresión de una ideología más o menos utópica como la explosión de una realidad histórica y psíquica oprimida. No fue la obra de un grupo de ideólogos decididos a implementar unos principios derivados de una teoría política; fue un sacudimiento popular que mostró a la luz lo que estaba escondido” (La búsqueda del presente).*

Podríamos agregar algo: hoy es posible saber eso que estaba escondido antes de la revolución, y también rescatar lo que las alas de la imaginación echaron a volar para elevar ese duro episodio en relato constructor de los años treinta en adelante. Y también es posible descubrir esos otros fantasmas de la historia, los hechos del contexto y la circunstancia que se refugian en la memoria. De ahí el peso, enorme peso simbólico de la historia en Pancho Villa y Emiliano Zapata, a veces tan lejos de su proporción humana.